

En presencia de lo ausente. Rastreado materiales en movimiento

Cristián Simonetti*

Resumen

La práctica arqueológica se caracteriza por un encuentro con las propiedades ausentes y presentes de los materiales en un mundo en constante cambio. Entender dichas propiedades depende del desarrollo de la habilidad de percibir más allá de lo visible a nivel de la superficie. Para llevar a cabo esto, los arqueólogos deben involucrarse multisensorialmente no sólo con las fluctuaciones del ambiente sino que, a su vez, hacer uso de su memoria e imaginación. Partiendo de trabajo etnográfico reciente, muestro que, a medida que los arqueólogos aprenden a excavar, la distinción entre aspectos preceptuales y no preceptuales no siempre se sigue. Aquí el recuerdo y la imaginación se despliegan en una continuidad con el sentir, la cual emerge a medida que los arqueólogos se involucran en la historia del paisaje rastreando los pasos de otros. Esta experiencia desafía no sólo el entendimiento secuencial de la cognición sino que a su vez la visión puntillista de la producción del conocimiento. Desde una apertura sensorial a los aspectos presentes y ausentes de un mundo en constante cambio la tensión entre descubrimiento y construcción se disuelve.

Palabras clave: Sentidos, memoria, imaginación, movimiento.

Abstract

Archaeology is characterized by an encounter with both present and absent properties of materials in a constantly changing world. Understanding these properties depends on developing a capacity to perceive beyond what is visible on the surface. To do so, archaeologists have to multisensorially engage not only with the fluctuations of the environment but also make use of both memory and imagination. Grounded on recent ethnographic work, I show how the assumed distinction between perceptual and non-perceptual aspects of experience does not allow us to understand how archaeologists learn to dig. Remembering and imagining unfold in continuity with feeling, which emerges as archaeologists become part of the history of the landscape while tracing the footsteps of others. Such experience challenges not only the widespread sequential understanding of cognition but also the pointillist view of knowledge production. From a sensory openness to both present and absent properties of a world in constant formation, the tension between discovery and construction dissolves.

Key words: Senses, memory, imagination, movement.

* Cristián Simonetti, ha realizado trabajo etnográfico con arqueólogos terrestres y marítimos en Chile y Escocia. Su trabajo se concentra en la percepción y comunicación de conocimiento experto, el rol del movimiento en el desarrollo de habilidades, el uso de tecnologías y los particulares contextos de práctica en los cuales el conocimiento arqueológico toma lugar. En particular, se ha focalizado en entender cómo los arqueólogos y otros científicos que estudian el pasado conceptualizan tiempo y espacio. Departamento de Antropología, Universidad de Aberdeen, Reino Unido. Contacto: cesimonetti@abdn.ac.uk.

Introducción

La arqueología, al igual que otras ciencias que excavan su objeto de estudio, se ve en la constante necesidad de develar las propiedades de los materiales que busca entender. Tanto en agua como en tierra, los arqueólogos deben traer a la superficie lo que inicialmente se encuentra oculto, sin muchas veces tener certeza de lo que hallarán a su paso. Lograr esto no es tarea fácil. Los novicios se enfrentan al constante desafío de percibir lo invisible. Al sobrellevar esta dificultad, los arqueólogos desarrollan la habilidad ir más allá de lo conocido en un determinado momento, a través de un involucramiento multisensorial del cuerpo en movimiento con las propiedades ausente y presentes de un mundo en constante cambio. Conciente de las dificultades que el ejercicio de la excavación conlleva, los expertos ayudan a los novicios mediante el uso de gestos que invitan a proyectar sus sentidos más allá de lo disponible ante los ojos. En dicho ejercicio, y sin necesariamente darse cuenta, novicios y expertos se involucran en una danza de atención conjunta que no sólo apunta a las propiedades disponibles del pasaje sino que a su vez dibuja sus propiedades ausentes.

Esta capacidad desafiaría un difundido entendimiento secuencial de la experiencia, según el cual el futuro se despliega más allá de los sentidos, el presente toma lugar en su cercanía y los recuerdos se acumulan dentro de la cabeza más acá de ellos. Esto coincidiría a su vez con una visión del imaginar como una imposición del contenido mental sobre la experiencia sensorial, lugar donde nuestro acceso a la realidad toma lugar. Dicha visión que ha caracterizado al estudio de la cognición dentro y fuera de la psicología no permitiría dar cuenta de la habilidad de percibir lo ausente. En este artículo, muestro como los arqueólogos experimentan el recordar y el imaginar en una continuidad con lo que se habrá ante sus ojos, a medida que exploran las transformaciones presentes y pasadas del paisaje en movimiento. La percepción no estaría limitada por lo que se presenta en la cercanía de los sentidos, como tampoco acontecería por delante de la memoria y la imaginación. Esto desafía el puntillismo y secuencialidad propia del método científico y de importantes tensiones epistemológicas que nuevamente señalan un movimiento de atrás hacia delante, dentro y fuera de la realidad. Entender esta experiencia requiere asumir que últimamente el conocimiento no es ni descubierto como algo ante los ojos, ni construido mediante la imposición de

significados culturales, sino que crece y se desarrolla en el ejercicio mismo de la práctica.

Sentir ahí

Los arqueólogos se enfrentan constantemente a la necesidad de percibir lo que está ausente. Dicha ausencia se presenta de muchas maneras. Por un lado, están las cosas que son imperceptibles para aquellos que carecen de la habilidad. Esto sería propio de los novicios, en especial al inicio de su formación, los que presentarían dificultades para distinguir las distintas propiedades de los materiales, tales como las diferencias de color, textura y consistencia de los sedimentos que deben remover durante una excavación. Por otro lado, los arqueólogos se enfrentan constantemente a aquello que es invisible ante los ojos, no por una carencia de habilidad, sino por que lo que se busca percibir está cubierto o simplemente no está ahí. Esta última ausencia se vuelve particularmente evidente cuando los arqueólogos tienen que ir de lo que conocen a lo que desconocen. Aún cuando dependen de su conocimiento en una determinada área y período histórico, los arqueólogos siempre se enfrentan a la necesidad de develar aquello que no ha sido excavado por ellos mismos previamente. Esto explica en parte el que la excavación sea entendida como un experimento irreplicable al interior de la disciplina (Barker, 1999: 13). Al excavar el arqueólogo nunca guarda plena certeza de lo que encontrará a su paso.

Aún cuando pasan desapercibidas, estas ausencias están constantemente presentes en la práctica arqueológica, volviéndose evidentes en situaciones donde lo cotidiano se interrumpe, por ejemplo cuando los arqueólogos intentan explicar a visitantes no expertos las particularidades de un sitio. Trabajando en los veranos de 2010 y 2011 en la excavación de una construcción medieval en Escocia, ubicada en las cercanías de un camino rural, era frecuente ver turistas que merodeaban el sitio bajo la guía de la arqueóloga en jefe, con la vaga esperanza de que pudiesen dejar un donativo. Con una larga historia de más de 15 años, la excavación era difícil de seguir, incluso a ojos de un experto no familiarizado con el sitio. En una ocasión recuerdo como la arqueóloga mencionaba su frustración ante la imposibilidad de transmitirle a los visitantes lo que veía. En sus palabras, “que difícil hacerles ver lo que *está ahí*”. Acompañándola repetidas veces en estos itinerarios, y prestando atención a la introducción que yo

mismo recibí al llegar al sitio, era evidente que la excavación se desplegaba como un conjunto de ausencias y presencias que dependían de las habilidades de los participantes y la historia tanto reciente como remota del sitio. No sólo era difícil percibir los colores de los rasgos e improntas desde la lejanía visual en la que los turistas se involucraban, sino que además era difícil ver lo que los arqueólogos comenzaban a percibir más allá de la superficie que excavaban y las cosas que al pasar destruían para poder seguir adelante. Sólo aquellos que participaban de la historia del sitio, y tenían la habilidad para ver, eran capaces de dar cuenta de dichas ausencias. Para ellos, lo que estaba *ahí* no sólo se constituía por aquello disponible *aquí*, a ojos de la mayoría no experta, sino que se extendía también a aquello que no ya no estaba, o a aquello que yacía *allí* más *allá* de lo visible.

Al igual que los visitantes no expertos, los novicios iniciándose en el quehacer de la arqueología se enfrentan al desafío de ver lo ausente. Como he señalado en otro parte, muchas veces estos experimentan dicho desafío como una paradoja (Simonetti, 2009, 2012). En una ocasión, caminando con una estudiante de arqueología y una arqueóloga recientemente graduada de instituciones escocesas, ambas me relataron algunas de las dificultades que debieron sortear luego de un extenuante día de trabajo en el sitio medieval escocés mencionado arriba. La estudiante, quien cursaba primer año, comentó como le había sido sumamente difícil seguir una particular deflexión de la matriz a medida que removía el sedimento que la cubría. Ante la dificultad decidió pedir ayuda a un supervisor experto, el cual le aconsejó: “Sigue adelante, debes encontrar la línea, sigue adelante”, refiriéndose a la línea que separaba ambos sedimentos, la cual gesticuló con un movimiento ondulante del dedo índice de su mano derecha. En la desesperación y con tono humorístico, la estudiante recreó para mi su reacción ante el comentario del experto: “¿Pero como voy a *encontrar* la línea si no puedo *verla*?” (mi énfasis). El siguiente dibujo en elevación muestra la relación entre la matriz, el sedimento y la línea invisible que divide a ambos, la cual fue gesticulada por el experto.

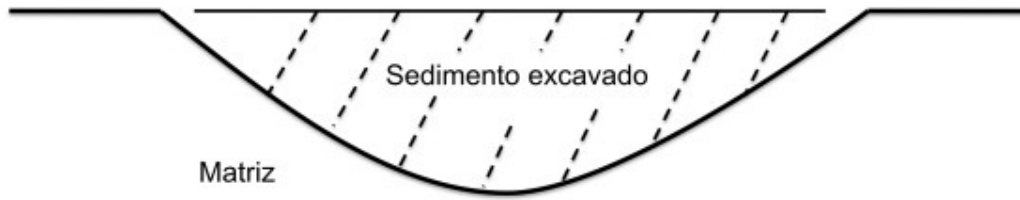


Imagen 1: Siguiendo la línea que divide los sedimentos. (Adaptado de Simonetti, 2009).

Claramente en este contexto encontrar y ver no son usados en su sentido usual. ¿Cuál sería el punto de tratar de encontrar lo que ya es visible, sabiendo que una vez presente ante los ojos indica que ya ha sido encontrado? El comentario de la estudiante da cuenta de una paradoja relacionada con una imposibilidad de ver lo invisible. Comparado con los novicios, los expertos no experimentarían dicha paradoja, en tanto serían capaces de ir más allá de las tensiones entre lo conocido y lo desconocido impuestas por ella. Las habilidades de excavación que los expertos despliegan en su quehacer dan cuenta de una capacidad que podríamos describir simplemente como la capacidad de *sentir más allá*. Comparado con el novicio, el experto podría proyectarse a lo desconocido, anticipando sensorialmente lo que está oculto. Sería capaz de ir de aquello que está aquí, a aquello que emerge allí.

Como pude contrastar con expertos y en mi propia experiencia, esta habilidad no resultaría del contraste o la superposición de imágenes mentales dentro de la cabeza sobre aquello visible. Al sobrellevar las dificultades impuestas por la tensión entre lo ausente y lo presente, el experto es capaz de improvisar intuitivamente en cada momento a medida que continúa con la excavación. Esto ocurre en parte gracias a que el experto no se enreda en las minucias de la técnica. Comparado con el novicio, éstas tienden a desaparecer en transfondo de la experiencia a medida que los arqueólogos se proyectan activamente a lo que está aún por venir. Siguiendo el confluente entendimiento fenomenológico de la percepción, propios del filósofo Maurice Merleau-Ponty (2002) y el psicólogo James Jerome Gibson (1986), nuestra experiencia de percibir un mundo no resultaría de la pasiva asimilación de información, sino por el contrario constituiría un acto atencional donde ciertos aspectos del sentir se volverían foco mientras otros desaparecerían en el trasfondo. La distinción entre lo *distal* y lo

proximal propuesta por el filósofo Michael Polanyi (1983) permite dar cuenta del dinamismo de esta propiedad selectiva de nuestra atención. Al percibir, nuestro foco estaría en lo distal mientras que lo proximal, aquello que se abre en la cercanía de nuestro actuar, desaparecería a nuestra conciencia. Esto ocurre no sólo en el caso de la visión, en el constante juego entre atención binocular y visión periférica, sino que también con el resto de los sentidos, tales como el oído, el olfato, el tacto o el sentido kinésico, todos los cuales juegan un rol fundamental en el desarrollo de habilidades en arqueología. Por ejemplo, al atender a un determinado sonido del ambiente, el resto de los sonidos parecen desvanecerse en el transfondo.

El experto es capaz de moverse eficientemente en su medio, ya que posee la capacidad de llevar a cabo un cúmulo de acciones sin necesariamente prestar atención a todas ellas. Al igual que el ciego que al usar su bastón se proyecta más allá de las vibraciones que siente en su mano, hacia aquello invisible que se abre más allá de la punta de su bastón, el experto no se detiene a prestar atención a los movimientos de la mano que sostiene la espátula, los que claramente varían dependiendo de las circunstancias. Los arqueólogos regulan constante y eficientemente la tensión entre la espátula y el sedimento en función del propósito de la excavación. Por ejemplo, la técnica varía considerablemente dependiendo de si el arqueólogo está excavando un rasgo o un artefacto. Al dominar estas técnicas, el experto no se entrapa en las limitaciones de lo que está en la cercanía de su conciencia. El experto es capaz de ir a través de las vibraciones de la espátula, proyectando su atención hacia aquello que se abre distalmente más allá de sus ojos. Así en el sentir del experto primaría un *telos*, que facilitaría su apertura hacia aquello que está aún por venir.

Sentir como seguir adelante

Considerar seriamente el carácter activo de la percepción requiere constatar que en un sentido fundamental la capacidad de *sentir más allá* no es distinta de la capacidad de *moverse más allá* en una excavación. Esto ya que el paisaje que los arqueólogos excavan permanece en constante cambio. Al excavar, las propiedades de los rasgos tienden a desaparecer a medida que su humedad se evapora al entrar en contacto directo con el aire. En estas circunstancias, los arqueólogos deben estar en constante movimiento para poder percibir. Por ejemplo, en el sitio medieval mencionado arriba

era usual ver a los supervisores pedir una espátula mientras daban consejos a los novicios. Para ver los propiedades de los materiales con sus ojos, los expertos debían remover por ellos mismos la capa superficial de los sedimentos recientemente excavados. En un contexto donde el percibir depende del remover, *el sentir es siempre movimiento*. Volviendo a Merleau-Ponty y a Gibson, esto es congruente con un particular entendimiento de la percepción, donde percibir es un logro no de órganos individuales sino del cuerpo como un todo en movimiento. Últimamente, y contrario al entendimiento clásico del sistema nervioso, sería imposible trazar la línea que divide el sentir del moverse. Yendo un poco más allá, siguiendo el notable trabajo de la filósofa Maxime Sheets-Johnstone (1999), en nuestra experiencia habría una *primacía del movimiento*, no por que seamos entidades que poseen la capacidad de moverse en el ambiente sino por que seríamos fundamentalmente constituidos en movimiento.

Ilustraré este punto con un ejemplo. En una ocasión, visitando una roca tallada en piedra arenisca con diseños Picto, junto a los supervisores del sitio medieval escocés mencionado arriba, la arqueóloga a cargo dio al grupo una introducción a las formas grabadas. Luego de varios siglos a la intemperie, éstas eran difícilmente visibles. Curiosamente, para seguirlas la experta hizo uso del dedo índice como cuando uno sigue un texto borroso. Lo interesante es que al circundar sus trayectorias la experta, como los otros visitantes que la seguían, tendían en ocasiones a perderse en los inesperados giros del grabado. Las formas eran evidentes, sólo en tanto el dedo y la vista siguieran al unísono. Al tratar yo mismo, pude sentir como la aspereza de la piedra sobre mi dedo proveía un sentido de dirección que a su vez daba cuenta del camino recorrido. Para los visitantes las líneas se volvían visibles en una improvisación intuitiva sobre aquello que se presentaba como parcialmente ausente a los sentidos. Ver aquí era ciertamente un logro, el resultado de la capacidad de proyectarse a lo invisible en movimiento.

Visto desde otro ángulo, el involucramiento sensorial que los arqueólogos tienen con las propiedades del paisaje no sería puramente visual. Esto último, no ha sido suficientemente recalado en estudios etnográficos de la excavación, en parte debido a un énfasis en el sentido de la visión (ver, e.g., Goodwin, 1994, 2002). Yendo más allá de estos estudio, es necesario constatar que el arqueólogo al percibir se proyecta multisensorialmente al mundo. Por ejemplo, es usual escuchar a expertos referirse a sus

sentidos del olfato o a la audición como relevantes en la percepción de lo ausente. En el caso del olfato, recuerdo como el supervisor del sitio medieval que asesoraba a las estudiantes, se refería en ocasiones al olor emanado por los sedimentos, el que le permitía anticipar la presencia de depósitos de desechos. De forma similar, recuerdo a otro supervisor, mencionar como las vibraciones de la espátula eran relevantes para él, las que cambiaban dependiendo de la consistencia y composición de un determinado suelo. Las variaciones en el sonido, generado por el contacto del metal con las cambiantes propiedades de los sedimentos, le permitían anticipar lo que aún era invisible a sus ojos.

Volviendo al carácter activo de nuestra experiencia del mundo, esta confluencia sensorial no ocurre producto de una integración en la cabeza de la información recolectada por los sentidos. Muy por el contrario, la persona se proyectaría multisensorialmente hacia lo que está ausente. Siguiendo el notable trabajo de Ingold (2000: 245), sobre la percepción de ciegos y sordos, esta proyección conjunta de los sentidos sería posible gracias a una capacidad de intercambiarlos. Así, aún cuando la visión y la audición son irremplazables en su condición, las personas tendrían la capacidad de usar sus ojos para oír y sus oídos para ver. En este sentido, al oler un material cubierto o al oír y sentir en la mano las variantes vibraciones que emergen a medida que la espátula se abre paso entre los sedimentos, los expertos serían capaces de ver lo que está ahí sin necesidad de usar sus ojos.

Regresando a la primacía del movimiento, el sentido kinésico, tradicionalmente olvidado en el conteo de los sentidos, juega un rol fundamental en su confluencia. En el contraste producido por las transformaciones que los arqueólogos introducen en el paisaje a medida que exploran lo ausente, el sentir más allá se despliega en movimiento. Esto sería propio no sólo de la exploración de las cambiantes propiedades de los suelos, sino además de la observación visual de artefactos, la que depende generalmente de su manipulación. Por ejemplo, en los sitios que he trabajado, tanto en Escocia como en Chile, el intercambio de hallazgos, junto a la expresión “puedo ver”, incluye generalmente un gesto de la mano solicitando el artefacto. Mirarlo en este contexto significa no sólo usar los ojos, sino además poder observar con las manos. Esto obviamente no es exclusivo del contexto de la excavación, si no que se extiende a muchos dominios donde existe una valoración por la cultura material. La frustración de

no poder manipular objetos sería algo que muchos experimentan al entrar a un museo, en especial los niños que al pedir verlos estirando su mano, reciben por respuesta: “puedes sólo mirarlo”. A pesar de la frustración, la lejanía de la visión no eliminaría la cercanía táctil con el mundo. En sus movimientos sacaditos, nuestros ojos se ven obligados a trazar el campo visual como tocándolo con pinceladas que desde distintos ángulos vuelven evidente sus aspectos parciales. Esta inescapable confluencia del mirar con el tocar explicaría en parte los resultados de la sustitución sensorial en ciegos, donde la manipulación de objetos está directamente asociada con su experiencia del qualia una vez que hacen uso del órgano sustituto (Bach-y-Rita, 2002: 509).

Es relevante recalcar que la habilidad de sentir más allá no sólo depende del conocimiento que los arqueólogos tienen de un determinado sitio, sino que a su vez del ambiente en el cual las propiedades de los materiales se despliegan, en particular del clima. Esto sería congruente con la aproximación ecológica desarrollada por Ingold (2007a, b). La capacidad de sentir lo ausente emerge en una continuidad con el medio, en la cual es últimamente imposible señalar con claridad el lugar donde el observador comienza y su ambiente termina. Repetidas veces me ha tocado escuchar relatos de expertos que sienten deben desarrollar nuevamente la capacidad de percibir diferencias entre los sedimentos una vez que se enfrentan a un nuevo ambiente. Además existen lugares donde las propiedades de los artefactos y los suelos varían constantemente dependiendo de la exposición de los materiales a la humedad y el sol. Esto especialmente en Escocia donde el clima varía constantemente. Aquí el movimiento de las nubes, y las cambiantes posiciones del sol durante el día, llenan de forma variable el paisaje de luz dejando entrever o limitando la percepción de ciertos rasgos; o la intermitente pero constante lluvia que puede lavar, humedecer e incluso en ocasiones señalar, al acumularse, la forma y dirección de los rasgos.

Afinando los sentidos en compañía de otros

Parte del entrenamiento que los novicios reciben en su formación, incluye el involucramiento en dinámicas de aprendizaje junto a miembros expertos de la comunidad. Como ocurre con el trabajo de campo en antropología, participar de una excavación constituye un rito de iniciación, donde muchos arqueólogos son introducidos, por primera vez, tanto a la técnica como a los aspectos generales que

constituyen el ethos de la disciplina (Holtorf, 2006; Van Reybrouck y Jacobs, 2006). Aquí los expertos, quienes reconocen algunas de las dificultades del proceso de aprendizaje descritas arriba, proveen instrucción en contextos reales de práctica. Una de sus contribuciones fundamentales guarda relación con el señalamiento de las propiedades, tanto presentes como ausentes, de los materiales que los novicios intentan excavar. En esto los expertos se involucran corpóreamente, mediante el uso de gestos que apuntan a aquello que yace más allá.

El ejemplo de la estudiante de arqueología que se sentía perpleja ante el desafío de ver lo invisible nos permite ilustrar esto. Como mencionaba al inicio, al invitar a la estudiante a seguir adelante, el experto gesticuló el contorno de la línea que dividía a ambos suelos con un movimiento ondulante del dedo índice que anticipaba su forma. Esta interacción no constituye una mera sugerencia abstracta a continuar sino una invitación concreta a proyectar su atención hacia lo ausente. En esto, el gesto no sólo dirige la atención de la estudiante. A su vez, el gesto permite recrear las propiedades de lo ausente, dibujándolas en el aire, lo que proporciona a la estudiante una visión analógica de aquello que está aún por venir. Mediante el gesto, novicio y experto son capaces de compartir lo invisible. Siguiendo a Gibson percibir aquí sería el resultado de una educación de la atención (2002: 86). Yendo más allá de él, percibir aquello que se despliega bajo la superficie terrestre requiere educar una atención hacia lo ausente.

En otra oportunidad he señalado, descansando en la primacía del movimiento, que es pertinente entender el gestualizar partiendo no de la imagen cinematográfica, altamente difundida en el estudio de la percepción y la comunicación, sino como un fenómeno cercano al dibujo (Simonetti, under review). En esto lo que los hablantes comparten gestualmente no es la exteriorización de un conjunto de representaciones estáticas previamente visualizadas en la mente. Por el contrario, el gesto constituye una capacidad de intuitivamente improvisar el conocimiento de lo ausente en compañía de otros. Al gesticular los hablantes se involucrarían en una danza común donde los trazados en el aire serían compartidos a medida que el presente se hace común; o al compartir lo que Alfred Shütz llamaba “el presente vivido” (1953: 79, traducción del autor). Expandiendo el trabajo de Sheets-Johnstone (1981) sobre el pensar en movimiento, comunicar lo ausente gestualmente constituiría una performance donde los

trazados corporales entrarían en una constante dilatación y disolución, que permanece visible sólo para aquellos que participan de su emergencia.

Obviamente aprender a seguir los materiales en arqueología es un proceso que requiere dedicación, por lo que la instrucción es insuficiente. El novicio debe tratar por sí mismo de seguir las propiedades de los materiales. Es sólo ahí, en el movimiento corporal, que la habilidad toma lugar. En mi propia experiencia recuerdo no fue tarea fácil. Al inicio me tomo tiempo. Sin embargo, a medida que me involucraba en la actividad, comencé a distinguir las propiedades de los sedimentos. Recuerdo como, mucho antes de generar este argumento, describí en mi diario la sensación de poder anticipar lo que aún no llegaba a ver. Iniciarme en el desarrollo de la habilidad de sentir lo ausente requirió no sólo instrucción sino tiempo y paciencia.

Es relevante señalar que los arqueólogos con que he trabajado en Chile hacen en ocasiones referencia a un ajuste de los sentidos a las cambiantes propiedades del mundo. Entre ellos es común escuchar halagos luego de un hallazgo, donde “buen ojo” es la expresión común. En situaciones donde estos halagos hacen referencia al desarrollo de la habilidad, las expresiones denotan movimiento y ritmo. Un ejemplo nos permitirá ilustrar este punto. En una ocasión trabajando con un arqueólogo y un ayudante sin experiencia previa en un sitio prehispanico en la zona central en Chile, el ayudante identificó un trozo de cerámica. Como complemento el arqueólogo le dijo: “Ya estas afinando el ojo”, a lo que el ayudante respondió afirmativamente “ya estoy afinando el ojo”, agregando inmediatamente “El que sabe, sabe lo que busca”. Si tomamos estos comentarios, propios ciertamente de otros dominios de aprendizaje, como sabiduría que da cuenta de la experiencia, aprender a seguir los materiales en este contexto guarda relación con poder afinar los sentidos a los ritmos del mundo.¹ Siguiendo a Henri Lefevbre “dondequiera que haya una interacción entre un lugar, un tiempo y un gasto de energía, hay **ritmo**” (2004:15, traducción del autor). Aprender aquí no resulta de la mera interiorización de información. Tener conocimiento aquí es estar a tono, poder vibrar o resonar junto de las siempre cambiantes propiedades del mundo.

¹ Al traer este ejemplo, mi interés no es borrar las diferencias que existen entre el contexto arqueológico escocés y el chileno, sino sólo apuntar a algunas particularidades comunes de la práctica de ambos. Claramente no es lo mismo hacer arqueología sobre el “propio” pasado que hacerlo sobre el pasado “ajeno”. Siguiendo a Trigger (1984), ambas dan pie a distintos tipos de arqueología, una de carácter nacionalista, la otra de carácter colonial. A su vez es relevante destacar como el conocimiento arqueológico en Chile, y el resto del cono sur, tiende a ser colonizado por discursos extranjeros (Politis, 2001). Estas diferencias, y sus particulares sutilezas, están claramente fuera del alcance de este artículo.

Recordar e imaginar ahí

El análisis provisto arriba desafía un particular entendimiento de la percepción, según el cual ésta se encontraría limitada por lo que se presenta en la cercanía de lo visible. Nuestra percepción no constituye un ejercicio pasivo de interiorización de información, limitado por lo que yace en la cercanía del aquí, sino que se proyecta activamente más allá. Percibir, en este sentido, constituye una *apuesta a lo ausente*, desplegada en el involucramiento corpóreo con un mundo en movimiento. En esta apuesta no sólo el futuro se abre por delante al sentir del experto. Al explorar lo ausente los arqueólogos hacen uso constante de su memoria e imaginación. Esto desafía un particular entendimiento de la temporalidad de la experiencia “propio” de occidente, según el cual el percibir es concebido como estando más acá del futuro y más allá del recuerdo. De acuerdo con esta visión, nuestra percepción se manifestaría como presente ante los ojos, el futuro como delante más allá de su alcance y el recuerdo como acumulado dentro de la cabeza por detrás de los sentidos, dando pie a procesos como la imaginación.²

Permítanme ilustrar esta visión con un viejo ejemplo proveniente de la historia de la psicología, el cual guarda relación directa con la arqueología. Freud, para muchos el padre de la disciplina, se vio fuertemente influenciado por el conocimiento arqueológico producto de un interés personal. Un ávido coleccionista y lector de la historia de la cultura material, su despacho se parecía más al estudio de un arqueólogo que a la consulta de un psiquiatra a ojos de algunos de sus pacientes (ver, e.g., Wolf-Man, 1971: 139). Descansando en este interés, Freud propuso un entendimiento de la mente según el cual los recuerdos se acumularían estratigráficamente al fondo de la cabeza. Dicho entendimiento fue sistemáticamente reflejado en los diagramas del aparato psíquico que Freud produjo a lo largo de su carrera. La siguiente imagen, constituye un famoso ejemplo tomado del “*El yo y el ello*” originalmente publicado en 1923. De acuerdo con

² Tanto en lenguas germánicas como latinas es posible encontrar numerosas expresiones que dan cuenta de esta visión. Por ejemplo, en español existen expresiones que señalan un entendimiento del aprendizaje como un proceso de interiorización de información dentro de la cabeza. Similarmente, en lengua inglesa existen expresiones que refieren al recuerdo como estando alojados en la parte trasera del cerebro. Esto coincide con otras expresiones temporales que señalan una experiencia del tiempo donde los eventos futuros están delante de uno, lo eventos presentes se encuentran co-situados, y los pasados se encuentran a detrás. Ejemplo de esto en español lo constituyen las expresiones, “nos vamos acercando al fin de año” o “hemos dejado atrás esos días difíciles” (ver Lakoff y Johnson, 1980).

Freud, y en relación a la imagen, “deberíamos ahora ver a un individuo como un ello psíquico, desconocido e inconciente, sobre cuya superficie descansa el ego, desarrollado a partir de su núcleo, el sistema *Pcpt.* [perceptual]” (Freud, 1961: 24, traducción del autor).

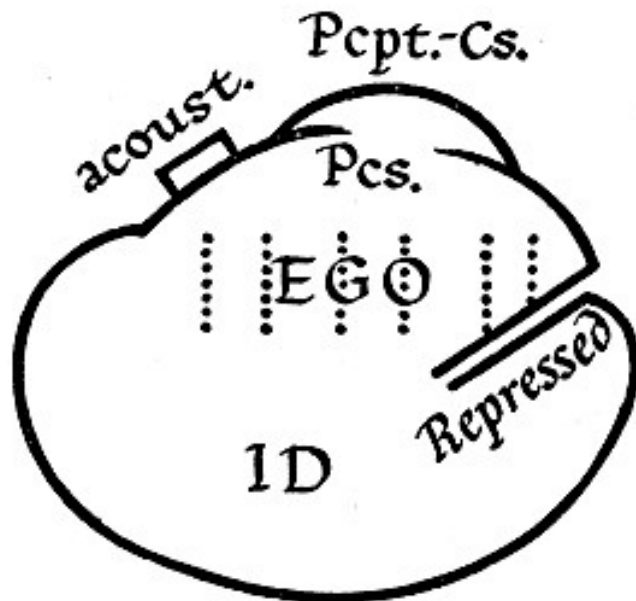


FIG. 1.

Imagen 2: Representación Visuo-espacial del aparato psíquico. Reproducido de Freud (1961: 24).

Esta imagen no sólo respeta la direccionalidad del percibir y el recordar como tomando lugar respectivamente delante y detrás de los sentidos. La imagen respeta a su vez la estratigrafía, donde los eventos se acumulan secuencialmente de forma vertical. La confluencia de ambas es posible gracias a que en la imagen los sentidos apuntan hacia arriba, como cuando los pacientes de Freud se recostaban en el diván para libre asociar. Con los ojos mirando al cielo y el cerebro descansando sobre la almohada, el pasado biográfico podía estar tanto atrás, siguiendo la experiencia común del caminar conciente, como debajo, siguiendo el conocimiento estratigráfico. De esta forma, el presente se abriría no sólo frente a los ojos sino también arriba. Al recostarse la horizontalidad propia del caminar conciente se vuelve una verticalidad donde los recuerdos se acumulan producto de la gravedad. En el descanso de la percepción, y de las resistencias del ego, estos recuerdos aflorarían a la superficie dando pie a la fantasía

y la imaginación. En esto, el análisis constituye un esfuerzo donde el paciente y el analista se embarcan en una excavación de la historia personal, en la que el primero provee la materia prima y el segundo el conocimiento experto que permite la interpretación.³

Es relevante señalar que la relación entre el descanso de la razón y la fantasía, daba vueltas en Europa mucho antes de que Freud formulara sus ideas. Por ejemplo, en uno de sus famosos grabados, de la colección *Los Caprichos*, Goya escribió “El sueño de la razón produce monstruos”. A pesar de ello, Freud fue uno de los primeros en atribuir una temporalidad secuencial, con pretensiones de ciencia, a funciones tales como la memoria, percepción, imaginación y fantasía. Ideas similares han sido sistemáticamente repetidas en el estudio de la cognición. Por ejemplo, Ulric Neisser (1966: 285), en uno de los textos fundacionales de la *psicología cognitiva*, sugirió un similar entendimiento estratigráfico de la memoria (ver también, Larsen, 1987).⁴ En respuesta a ésta imagen, y otras similares que sitúan al fenómeno de la cognición dentro de la cabeza, parte importante del estudio de la mente en las últimas décadas ha resultado en un esfuerzo por desafiar este entendimiento secuencial y las divisiones impuestas por él.⁵

Supongamos por un momento que este el modelo de la mente es adecuado para entender la experiencia del arqueólogo en su involucramiento con el paisaje. De ser así, al recostarse, como suele ser usual al finalizar el almuerzo luego de una extenuante mañana de trabajo, los ojos cerrados del arqueólogo bloquearían el influjo de la realidad, dando pie a la fantasía y la imaginación. Ambas provenientes del fondo de la psique, serían contrarias e irrelevantes al ejercicio de la *con-ciencia* y por ende de la disciplina. Ya de pie y dispuesto nuevamente a develar lo que se abre bajo el suelo, el

³ En el contexto de la metáfora, la posición del paciente coincide con el modo en que Freud entendía la localización de los recuerdos como acumulados en el cerebro. Al mismo tiempo, dicha verticalidad de la mente permitió la continuidad que Freud concibió entre la historia personal y la historia de la cultura. Ambas resultan de una acumulación vertical reflejándose mutuamente. El estudio de la historia de las culturas permitía iluminar los procesos de desarrollo de la mente individual y viceversa, el estudio de la mente individual permitía entender el desarrollo de las culturas.

⁴ Es importante señalar que el éxito de la imagen estratigráfica no es del todo sorprendente, considerando la larga tradición que vincula a la memoria con la construcción. Siguiendo el interesante trabajo de Mary Carruthers (1993) sobre mnemotecnias en el medioevo que hacían uso de la organización espacial de construcciones monásticas, ésta imagen se extendería hasta los fundamentos del mundo greco-romano. A su vez, esto da luces en relación al origen de la idea occidental de que conocimiento es construido.

⁵ Nociones como *cognición distribuida* (Hutchins, 1995), *mente extendida* (Clarke, 1997), *mente corporeizada* (Varela et.al, 1991), o la idea del mundo como memoria externa (O'Regan & Noë, 2001) son sólo algunos ejemplos recientes.

presente acontecería ante los ojos del arqueólogo con independencia del pasado – alojado atrás al fondo de su cabeza – y el futuro – desplegado más allá de lo visible a nivel de la superficie. La siguiente imagen ilustra esta transición.

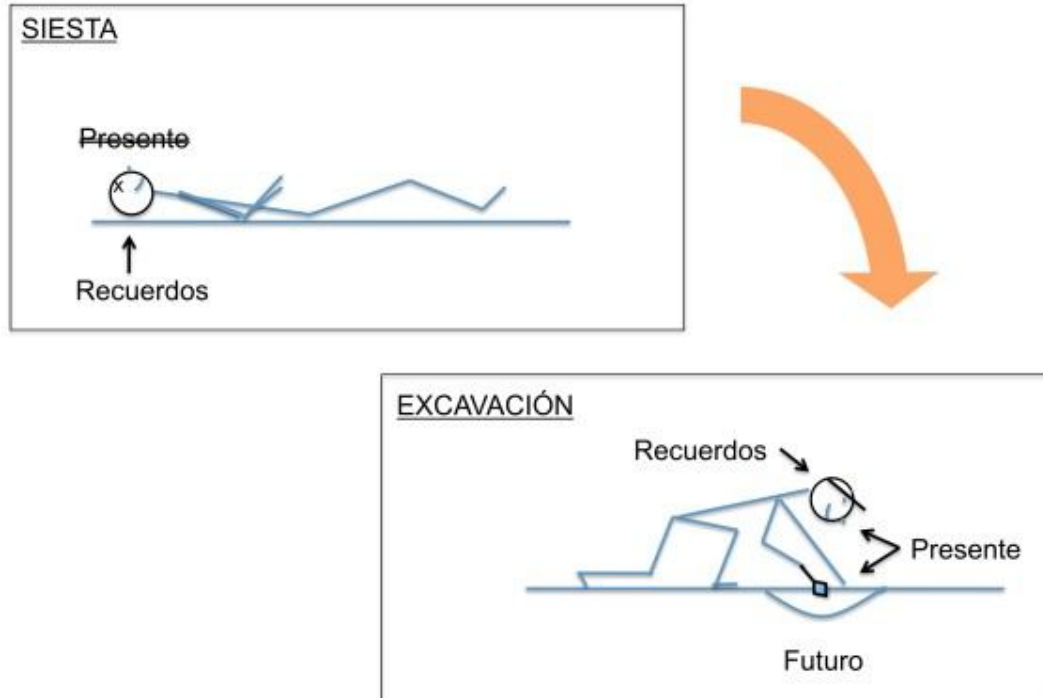


Imagen 3: Arqueólogo durmiendo siesta y excavando con su recuerdo atrás.

Aún cuando estas ideas forman parte del discurso propio de los arqueólogos con que he trabajado, en la práctica ellos dan cuenta de experiencias que en ocasiones desafían este entendimiento secuencial de la cognición. Esto sería evidente en tanto recuerdo, imaginación y conocimiento no emergerían como separados de la percepción sino en continuidad con ella, a medida que los arqueólogos exploran el pasado. Como hemos señalado arriba, al recordar e imaginar lo ausente, los arqueólogos tienden a desplegar movimientos corporales que dibujan gestualmente aquello invisible a nivel de la superficie. Lo mismo tiende a ocurrir cuando los arqueólogos exploran las propiedades de los artefactos que encuentran a su paso. Compartiendo en una ocasión con un arqueólogo experto en líticos, quién había recientemente encontrado una mano de moler, le pedí me relatara lo que hacía. En respuesta contó como imaginaba los potenciales usos, procedencia y descarte del artefacto. Curiosamente, cada vez que verbalizaba la palabra imaginación realizó movimientos que simulaban su uso y

señalaban gestualmente tanto su lugar de procedencia como sus modos de descarte en el sitio. A medida que describía lo ausente, descansado en el conocimiento que había desarrollado a lo largo de su historia profesional y en el saber acumulado por la disciplina, era evidente ver como su imaginación tomaba lugar en frente nuestro. Al relatar las historias presentes y pasadas del artefacto, este cobraba vida en el uso de gestos que, junto al habla, dibujaban sus biografías en el paisaje. Imaginar lo ausente ocurría en medio de una indagación sensorial en movimiento.⁶

Es relevante señalar que la noción secuencial de la experiencia coincide con importantes debates en arqueología contemporánea en torno a la producción del conocimiento. Un ejemplo es la tensión que ha emergido en los últimos años entre aquellos que enfatizan la construcción del mundo, mediante una imposición de significados culturales, y aquellos que hacen hincapié en su descubrimiento, en un encuentro sensorial con éste. Un ejemplo es el debate que Edgeworth (2003), autor de una de las primeras etnografías de la práctica arqueológica, ha establecido con la arqueología post-procesual, la cual surgió en parte como una reacción al empirismo ingenuo del funcionalismo procesual. Descansando en la crítica literaria al conocimiento etnográfico y científico, esta corriente enfatizó su carácter ficticio (ver, e.g. Shanks y Tilley, 1987: 135; Clifford, 1986, 1988; Latour y Woolgar, 1986; ver también Knorr-Cetina, 1983). En reacción a esta visión, y tomándose de aproximaciones neorrealistas, Edgeworth ha acentuado, en los últimos años, la idea de que el conocimiento es primariamente descubierto en una exploración sensorial del mundo.

En su análisis de la excavación, Edgeworth postula que la visión post-procesual haría caso omiso de lo que él denomina *acto de descubrimiento*, el cual emergería previo a los modos de inscripción introducidos mediante el registro. El objetivo central de este argumento, ha sido enfatizar la necesidad de ir más allá de la ficción del texto, propio del análisis post-procesual, prestando atención al intercambio con el mundo material. Aún cuando su trabajo es notable en llamar la atención al involucramiento corpóreo en el proceso inferencial, Edgeworth parece entramparse en aquello que busca

⁶ Algo similar ocurriría en otros contextos profesionales donde es necesario lidiar con el juego entre lo ausente y lo presente, como es el caso de la arquitectura. Siguiendo a Murphy (2004), en su estudio del diseño arquitectónico, imaginar no constituiría una práctica que separa la realidad de la ficción sino una capacidad que emerge en el encuentro colaborativos de expertos a medida que estos interactúan haciendo uso del habla, gestos y dibujos.

desafiar, replicando las distinciones que caracterizan a sus oponentes. Al tratar de ir más allá del texto, pareciera por el contrario quedarse más acá de él, replicando un mito clásico del mundo occidental, a saber la posibilidad de un encuentro primaveral con el mundo previo a las particulares distinciones de cada cultura.⁷ Este intercambio pre-textual coincide con una noción de cultura común dentro de la aproximación postprocesual, como un conjunto de significados que, aún cuando son públicos, constituyen una imposición sobre la naturaleza. Dicha visión estaría reflejada paradigmáticamente en el influyente trabajo de Clifford Geertz (1973: 45).⁸ Partiendo de las distinciones propias de la modernidad, tanto el fenómeno de la cultura como el de la mente acontecerían por sobre la relación entre los sentidos y el mundo.⁹

Contrario al argumento de Edgeworth la introducción del registro no necesariamente implicaría un cierre de la transacción con los materiales. Esto presupone por un lado que el intercambio previo al registro no estaría guiado por particulares modos disciplinares de moverse y no inscribiría conocimiento al transformar el paisaje.¹⁰ A su vez implica asumir que el uso del registro necesariamente constreñiría la exploración sensorial del mundo material llenando el análisis de categorías abstractas. El siguiente ejemplo pone en tela de juicio esta última idea. Compartiendo el argumento desarrollado aquí con un arqueólogo escocés, éste dio cuenta de una experiencia que vincula el uso del registro al proceso de descubrimiento y relaciona el memorizar con la percepción. Según él, al introducir el registro un involucramiento sensorial similar al

⁷ Es relevante señalar que el caso de la arqueología es único. Como he mostrado en otra parte al moverse sensorialmente hacia abajo los arqueólogos no sólo enfrentarían el futuro sino que además se acercarían al pasado que pretenden excavar. Ir hacia delante en este contexto es a la vez ir atrás en el tiempo (ver Simonetti, 2013, 2012).

⁸ Aún cuando Geertz sugiere un entendimiento del conocimiento cultural como estando más allá de la cabeza en el intercambio público de símbolos, estos aún constituirían una imposición sobre la naturaleza.

⁹ Aún cuando el trabajo de Edgeworth ha evolucionado desde que público su etnografía, originalmente escrita en los 90s, aún aplica distinciones que respetan esta visión “moderna” de la relación entre naturaleza y cultura. Un ejemplo, es el uso de terminología propia del pensamiento estructural para entender el proceso de generación de conocimiento en arqueología, como es la distinción entre lo crudo y lo cocido en lo que denomina como acto de descubrimiento (Edgeworth, 2012). Descubrir ocurriría mediante el encuentro y transformación de materiales primos [raw materials]. Para un análisis más detallado de las categorías propias del pensamiento moderno ver Latour (1993) e Ingold (2000). Es relevante señalar que Ingold (1992) pareciera replicar este énfasis neorealista en su crítica a la antropología simbólica de Geertz mediante el uso de la noción de *percepción directa* propuesta por Gibson (1986; 2002). A pesar de ello, su trabajo ha probado ser más sofisticado que esto al incluir el pensamiento de Heidegger en su *perspectiva del habitar* (ver Ingold, 2000, 2007c). Descubrir aquí no constituye el encuentro con una realidad pre-dada sino el develamiento de un mundo en constante cambio (ver Simonetti, 2012).

¹⁰ Siguiendo a Goodwin (1994), en su interacciones con las propiedades de los sedimentos, las intervenciones arqueológicas inscribirían conocimiento experto al transformar el paisaje.

descrito arriba ocurriría pero a una escala mayor. Al prestar atención a rasgos más grandes dentro de una excavación como la relación espacial de una serie de postes, los arqueólogos dependen del registro. Esto debido a que lo que yace oculto nunca se presenta de una vez. Dependiente del trabajo en equipo, la excavación debe necesariamente comenzar en alguna parte para terminar en otra. Y a medida que los arqueólogos avanzan las propiedades de aquello que excavan tienden a desaparecer a su paso. Así al develar lo oculto los arqueólogos deben necesariamente registrarlo para poder percibir el conjunto. En palabras del arqueólogo, “el registro sería aquello que permite sostener el momento de la revelación [the record is what allows you to hold the moment of revelation]”.

El comentario da cuenta de una capacidad para sostener el pasado inmediato en los trazados del registro, los que se volverían continuos con el percibir. Al excavar, el registro no emergería como una mera imposición de un marco significativo sobre la experiencia, sino que muy por el contrario constituiría un elemento fundamental de lo que Edgeworth denomina descubrimiento. A su vez, recordar el pasado inmediato y el pasado de la cultura sería parte del esfuerzo por seguir adelante, en una apertura sensorial que sería continua con los trazados del registro. Últimamente, sería imposible marcar la línea que divide el intercambio material de su inscripción. De forma similar, no sería posible determinar donde la percepción termina y el recuerdo comienza. Todos ellos emergen en conjunto a medida que los arqueólogos transforman y registran el paisaje rastreando los pasos de otros.¹¹

Conclusión: Crecimiento y cambio

El análisis provisto arriba nos permite constatar que conocer en arqueología depende de la habilidad de percibir lo ausente. En esto los arqueólogos se proyectan más allá a aquello que yace invisible a sus ojos. Este ejercicio resulta no de la proyección de imágenes mentales sobre lo ausente sino de un involucramiento multisensorial, en el que los arqueólogos son capaces de ver lo invisible usando sentidos distintos de la visión. Desarrollar esta habilidad depende de un entrenamiento donde novicios y expertos se involucran en una danza atencional conjunta que apunta y dibuja

¹¹ Es relevante señalar que en inglés, existe una conexión entre registro [record] y recordar, como una capacidad del corazón para ejercitar y elicitar conocimiento. La etimología de estos términos aún circunda lengua inglesa en expresiones tales como “learning by heart”.

las propiedades ausentes del paisaje. Dicha capacidad no toma lugar con independencia de las propiedades del mundo circundante. Percibir ocurre necesariamente en movimiento, en un constantes ajuste de los sentidos a las variaciones del medio, en particular el clima.

A su vez, hemos podido constatar como esta proyección a lo ausente desafía el entendimiento de la percepción como un ejercicio pasivo limitado por lo que se presenta en la cercanía de lo sentidos. Percibir constituye una apuesta a lo que se encuentra más allá de ellos. En esto la imaginación y el recuerdo, necesarios en la proyección hacia lo ausente, toman lugar no detrás de la cabeza sino en una continuidad con la experiencia sensorial. Esto desafía tanto el entendimiento secuencial de la experiencia como de la generación del conocimiento. En arqueología conocer tomaría lugar en una confluencia de percepción, memoria e imaginación. Esto último, cobra particular sentido si consideramos de forma radical el dinamismo al que los arqueólogos se enfrentan. Para registrar las intervenciones pasadas que otros han realizado en el paisaje, los arqueólogos deben hacerse partícipes de sus transformaciones, al modificar el territorio. En esto el mundo emerge como un fenómeno en constante cambio accesible en un juego permanente entre lo disponible e indisponible. Desarrollar habilidades en dicho mundo dependería de un ajuste rítmico de los sentidos a sus cambiantes propiedades.

Esto coincide con el entendimiento de la verdad en Heidegger (1962: 256-273) como un continuo ocultarse y desocultarse. Desde aquí tanto la noción de descubierto como la de construcción son inapropiadas para dar cuenta de la generación de conocimiento en arqueología.¹² Esto ya que ambas presuponen un mundo pre-dado y estático en el cual los sentidos recogerían el conocimiento y la cultura lo modificaría mediante una imposición de significados. Desde la *perspectiva del habitar* antes de preguntarnos por el origen del conocimiento, nos encontramos ya inmersos en un mundo en la compañía de otros (ver Ingold, 2000). En esto el arqueólogo no haría uso de funciones cognitivas aisladas, tales como percepción, memoria e imaginación. Trazar sus límites sería imposible. Como la *persona* corpórea y social que es, el arqueólogo se haya con todas sus capacidades proyectado a constante flujo del mundo. Así, a medida

¹² Es relevante señalar que la noción de descubrimiento es confusa. Aún cuando su estructura invita a pensar en un acto de desocultar, su asociación con el realismo ingenuo y la imagen de un mundo estático es inevitable.

que los arqueólogos se hacen partícipes de la historia del paisaje, el conocimiento del pasado no sería ni descubierto, ni construido, sino esculpido en el *acto de excavar*.

Agradecimientos

Una primera versión de este artículo fue presentada en un panel del congreso de Americanistas en 2012, llamado “Paisajes y memorias de montañas, cuencas y costas: Una mirada interdisciplinaria”, el cual fue originalmente organizado por Ana Guevara y Juan Carlos Skewes. Mis agradecimiento a ambos y a los participantes del panel por sus comentarios. Me gustaría agradecer también a Marcelo González por sus agudas observaciones en una versión previa de este artículo. Quisiera agradecer a su vez a los arqueólogos chilenos y escoceses que generosamente me han permitido seguir sus prácticas. Este trabajo fue realizado con el apoyo de dos becas otorgadas por la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología del Gobierno de Chile (CONICYT) y la Escuela de Artes y Ciencias Sociales de la Universidad de Aberdeen (CASS). As su vez, este trabajo contó con el apoyo del proyecto Fondecyt N°1060216, a cargo de Leonor Adán. Mis sinceros agradecimientos a ella y a su equipo.

Bibliografía

- BACH-Y-RITA, Paul (2002): “Sensory substitution and qualia”, en: NOË, Alva y THOMPSON, Evan (eds.) *Vision and mind. Selected readings in the philosophy of perception*, Cambridge, MA, MIT Press, pp. 497-514.
- BARKER, Philip. (1999): *Techniques of archaeological excavation*, London, Routledge.
- CARRUTHERS, Mary (1993): “The poet as master builder: Composition and locational memory in the middle ages”, en: *New literary history*, 24 (4), pp. 881-904.
- CLARK, Andy (1997): *Being there. Putting brain, body, and world together again*, Cambridge, MA, MIT Press.
- CLIFFORD, James (1986): “Introduction: Partial Truths”, en: CLIFFORD, James y MARCUS, George E. (eds.) *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, California, University of California Press, pp. 1-26.
- CLIFFORD, James (1988): *The Predicament of Culture: Twentieth-Century ethnography, literature and art*, Cambridge, Harvard University Press.
- EDGEWORTH, Matt (2003): *Acts of Discovery: An ethnography of archaeological practice*, Oxford, Archaeopress.
- (2012): “Follow the cut, follow the rhythm, follow the material”, en: *Norwegian Archaeological Review*, 45(1), pp. 76-92.
- FREUD, Sigmund (1961): “The ego and the ID (1923)”, en: STRACHEY, James (eds.) *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud, Vol. XIX*, London, Hogarth Press, pp. 12-68.
- GEERTZ, Clifford (1973): *The interpretation of cultures*, New York, Basic Books.

- GIBSON, James Jerome (1986): *The ecological approach to visual perception* (originally published in 1945), Boston, Houghton Mifflin Co.
- (2002): “A theory of direct visual perception”, en: NOË, Alva y THOMPSON, Evan (eds.) *Vision and mind. Selected readings in the philosophy of perception*, Cambridge, MA, MIT Press, pp. 77-89.
- GOODWIN, Charles (1994): “Professional Vision”, en: *American Anthropologist* 96(3), pp. 606-633.
- (2002): “Pointing as a situated practice”, en: KITA, Sotaro (eds.), *Pointing: Where language, culture and cognition meet*, Mahwah, N.J., Erlbaum, pp. 217-241.
- HEIDEGGER, Martin (1962): *Being and time* (originally published in 1927), Malden, MA, Blackwell.
- HOLTORF, Cornelious (2006): “Studying archaeological fieldwork in the field: Views from Monte Polizzo”, en: EDGEWORTH, Matt (eds.) *Ethnographies of archaeological practice. Cultural encounters, material transformations*, Lanham, Altamira Press, pp. 81-94.
- HUTCHINS, Edwin (1995): *Cognition in the Wild*, Cambridge, MA, MIT Press.
- INGOLD, Tim (1992): “Culture and the perception of the environment”, en: CROLL Elisabeth y PARKIN, David (eds) *Bush Base: forest farm. Culture, environment and development*, London, Routledge, pp. 39-56.
- (2000): *The perception of the environment*, London, Routledge.
- (2007a): “Materials against materiality”, en: *Archaeological Dialogues*, 14(1), pp. 1-16.
- (2007b): “Earth, sky, wind and weather”, en: *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 13(1), pp. 19-38.
- INGOLD, Tim (2007c): *Lines. A brief history*, London, Routledge.
- KNORR-CETINA, Karin (1983) “The ethnographic study of scientific work: Towards a constructivist interpretation of science”, en: KNORR-CETINA, Karin y MULKAY, Michael (eds.) *Science observed. Perspectives on the social study of science*, London, Sage Publications, pp. 115-140.
- LAKOFF, George y JOHNSON, Mark (1980): *Metaphors we live by*, Chicago, University of Chicago Press.
- LARSEN, Steen (1987): “Remembering and the archaeological metaphor”, en: *Metaphor and Symbol*, 2(3), pp. 187-199.
- LATOUR, Bruno (1993): *We have never been modern*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- LATOUR, Bruno y WOOLGAR, Steve (1986): *Laboratory life. The construction of scientific facts*, Princeton, Princeton University Press.
- LEFEBVRE, Henri (2004): *Rythmanalysis. Space, time and everyday life* (originally published in 1966), London, Continuum.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (2002): *The phenomenology of perception*, trans. C. Smith (originally published in 1945), London, Routledge.
- MURPHY, Keith M. (2004): “Imagination as joint activity: The case of architectural Interaction”, en: *Mind, Culture, and Activity*, 11(4), pp. 267-278.
- NEISSER, Ulric (1967) *Cognitive Psychology*, New York, Appleton-Century-Crofts.
- O'REGAN, J. Kevin y NOË, Alva (2001): “A sensorimotor account of vision and visual consciousness”, en: *Behavioral and Brain Sciences*, 24, pp. 939-1031.
- POLANYI, Michael (1983): *The tacit dimension* (originally published in 1966), Gloucester, Peter Smith.
- POLITIS, Gustavo (2001): “On archaeological praxis, gender bias and indigenous peoples in South America”, en: *Journal of Social Archaeology*, 1(1), pp. 90-107.
- SCHANKS, Michael y TILLEY, Christopher (1987): *Social theory and archaeology*, Cambridge, Polity.
- SCHÜTZ, Alfred (1951): “Making music together: A study in social relationship”, en: *Social Research*, 18, pp. 76-97.

- SHEETS-JOHNSTONE, Maxine (1981): "Thinking in movement", en: *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 39 (4), pp. 399-407.
- (1999): *The primacy of movement*, Philadelphia, John Benjamins.
- SIMONETTI, Cristián (Under review): "Drawing gestures. Body movement in perceiving and communicating the underwater landscape".
- (2013). Between the vertical and the horizontal. Time and space in archaeology. *History of the Human Sciences*, 26(1), pp. 90-110.
- (2012): *Encountering depths across surfaces. Time and space in archaeology*, PhD thesis, University of Aberdeen, Scotland, UK.
- (2009): "Following materials. The role of emotions, shared attention and coordinated movement in interaction", *artículo presentado en el workshop, The perception of the environment, Graduate School of Archaeology, Leiden University*.
- TRIGGER, Bruce (1984): "Alternative archaeologists: Nationalist, colonialist, imperialist", en: *Man*, 19(3), pp. 155-70.
- VAN REYBROUCK, David y JACOBS, Dirk (2006): "The mutual constitution of natural and social identities during archaeological fieldwork", en: EDGEWORTH, Matt (eds.) *Ethnographies of archaeological practice. Cultural encounters, material transformations*, Lanham, Altamira Press, pp. 33-44.
- VARELA, Francisco, THOMPSON, Evan y ROSCH, Eleanor (1991): *The embodied mind. Cognitive science and human experience*, Cambridge, MA, MIT Press.
- WOLF-MAN, The (1972): "My recollections of Sigmund Freud", en: GARDINER, Mauriel (eds.) *The Wolf-Man and Sigmund Freud*, London, Hogarth Press, pp. 135-152.

Recibido 20/8/12. Aceptado 25/9/12.